

»Religión: los creen, y sus protectores lo pueden todo. Espere-
 »mos siempre en la ayuda de Dios, que, contra toda esperanza,
 »nos permitirá vestir Novicios y mantener la Orden en su es-
 »tado actual. Los que podrían ayudarnos, no dicen una pala-
 »bra». Y sin embargo, á pesar de las afirmaciones de los cóm-
 »plices, el Instituto se iba poco á poco: lentamente, pero con
 seguridad, hacía su obra la muerte; el desaliento alejaba á mu-
 chos Religiosos débiles que se dirigían á otros claustros á pedir
 descanso, y ya habían pasado dos años sin que un solo Novicio
 llenase aquellos vacíos.

Los tres Abogados más famosos de la ciudad, que había es-
 cogido José, eran Francisco Firmiano, Teodoro Amideno y
 Mgr. Panicola. Este último contaba con las eficaces recomenda-
 ciones del Rey de Polonia, del Gran Duque de Toscana, del Em-
 perador de Alemania, de gran número de Cardenales, de Prin-
 cipes y de Ciudades, que con todo su poder reclamaban en favor
 de las Escuelas Pías. El mismo Visitador recibía las reclamacio-
 nes de aquellos mismos personajes, y de muchos otros, como el
 Cardenal de Médicis, hermano del Gran Duque. Todos le recor-
 daban que todo dependía de él, y que él sería el responsable.
 Apurado por todos lados, se vió obligado á presentar un informe
 que, sin ser del todo favorable, podía sin embargo aceptarse:
 era el documento visible, oficial. Pero bajo mano, y de viva
 voz destruía y refutaba aquellas afirmaciones públicas, hacien-
 do sentir lo mismo á Mgr. Albici, que no tenía necesidad de que
 lo forzasen, y á los Cardenales que seguían su opinión, y al mismo
 Papa, y sobre todo, á la omnipotente Olimpia. He aquí el prin-
 cipio de su memoria tan pérfida con apariencias de sinceridad
 hipócrita: «El fin de esta Religión es enseñar al mismo tiempo
 »que la piedad cristiana, la lectura, la escritura, la aritmética
 »y la gramática, según la Bula de fundación de Paulo V. Al
 »confirmar sus Constituciones, les permite Gregorio XV la en-
 »señanza de la Retórica, de los casos de conciencia, y sólo para
 »la Orden todas las ciencias». Mentía desvergonzadamente el
 Visitador, y mentía con las Constituciones en la mano, al decir
 que no podían enseñar todas las ciencias más que á los de la
 Orden. Traidoramente calla esta conclusión, no de las Constitu-
 ciones que decían lo contrario, sino de una ordenanza del mis-
 mo General que prescribía el establecimiento de una sola casa
 en cada Provincia, donde enseñasen todas las ciencias á solos
 los Religiosos de la Orden, para separarlos de las Escuelas de
 los seglares. Pero aquello no impedía la enseñanza de las cien-
 cias en los demás Colegios que se habían fundado sin cesar con
 aquellas condiciones lo mismo antes que después de la ordenan-
 za. ¿Quién lo sabía mejor que José que la había dado? Continua-
 ba el Visitador: «He hecho á Vuestras Eminencias una relación
 »sucinta de las tres cosas que dan origen á la desunión en esta
 »Religión: primero, quieren algunos que se haga una investiga-
 »ción de nulidad de su profesión, aun pasados los cinco años;

»segundo, quieren muchos Coadjutores ser admitidos á la cleri-
 »catura y después á las Ordenes sagradas; en fin, los que han
 »sido ordenados sacerdotes quieren colocarse antes que los Pro-
 »fesos más antiguos, pero que no son sacerdotes». En verdad
 que aquello no se consideraba como cosa juzgada: ¡era un eterno
 comenzar! ¿No había resuelto ya jurídica y canónicamente to-
 das aquellas cuestiones el último Capítulo, presidido y aprobado
 por los Visitadores Apostólicos? El General contestaba una vez
 más á todas aquellas enormidades. «No hable V. R. de profesio-
 »nes nulas ni de pretensiones nulas, porque estas cuestiones han
 »sido resucitadas solamente por los que están interesados en
 »fomentar la discordia en la Religión, cuando ellos mismos po-
 »drían restablecer inmediatamente la calma, si quisieran». En
 efecto, ¿quién pensaba en todo aquello desde el último Capítulo,
 cuando Mario y el Visitador con toda malicia resucitaron aque-
 llas irritantes cuestiones?

Por vergüenza y por el público que lo acosaba por todos
 los lados, se había visto obligado el Visitador á suavizar pru-
 dentemente el informe oficial. «Atendida la estimación, decía,
 »en que todas las ciudades tienen á esta Orden por los servicios
 »que puede prestarles; atendidas las instancias del Rey de Po-
 »lonia, y de gran número de Principes y de Obispos, el que
 »suscribe suplica á Vuestras Eminencias, quieran permitir á
 »estos Padres que funden otras casas, y que puedan dar el há-
 »bito al número inmenso que lo pide. En agosto próximo hará
 »tres años que la Sagrada Congregación prohibió recibir Novi-
 »cios hasta nueva resolución. Se ha respetado la prohibición;
 »no tienen ya individuos para substituir á los que se han muerto
 »ó están enfermos, ó que á causa de estas discusiones han pasa-
 »do á otros Institutos. Por el bien de la Orden se desea que vuel-
 »va á tomar su cargo el General, ayudado de un Vicario á causa
 »de su mucha edad. Podrían nombrarse algunos Padres de todas
 »las Provincias que examinasen las Constituciones y los rigores
 »del Instituto, aprobando todo lo que crean practicable para
 »todo el cuerpo de la Religión. Muchos se opondrán á que se
 »lleven los pies descalzos y á otras prescripciones semejantes,
 »como la de llevar camisa de lana, y practicar austeridades
 »demasiado fuertes. Atenderán á que no haya pobreza tan gran-
 »de en las casas y en las sacristías, que no está en armonía
 »todo esto con el fin de las Escuelas Pías».

Parecían plausibles estas conclusiones; para llegar á ellas
 no había necesidad de haber estado trastornando el Instituto
 durante tres años; pero estaban llenas de perfidia. El Vicario
 era enteramente inútil, podían ocupar muy bien su lugar los
 cuatro Asistentes: esta cláusula se añadió solamente para man-
 tener en su lugar al bribón de Esteban dándole medios para
 seguir la trama convenida. En cuanto á las austeridades, había
 ya pensado en ellas el P. General, pero quería reformarlas de
 una manera regular, convocando el Capítulo, y no dejando

aquella reforma á merced de los malos Religiosos que imperaban entonces. Escribía también en su memorial: «Respecto de la Regla, él mismo ha propuesto hacer doce cambios, y están completamente de acuerdo los Padres. Pide solamente que se le permita reunir un Capítulo para resolver con más seguridad».

Debía reunirse la Congregación de Cardenales para resolver; pero era tal la mala fe de los adversarios, que emplearon todos los medios para diferir la reunión, á fin de tener más tiempo para ganarse á sus miembros. ¡Que habilidad la del Visitador! Podía mostrar su memorial al público, á los Reyes, á los Príncipes, á los Obispos, presentándose favorable á las Escuelas Pías; mas bajo mano iba trabajando con los jueces, consiguiendo lo que quería. Fijóse la asamblea primero para fines de junio, después para principios de julio; por fin tuvo lugar el 18 de este mes. No perdieron el tiempo los dos cómplices. Volvieron á comenzar sus mentiras agravándolas. El General chicheaba á cada momento, había perdido por completo la memoria, estaba enteramente ciego, y conocía tan poco el interior de los hombres como el exterior de las cosas. Sólo una de todas aquellas mentiras era algo fundada; tenía la vista muy débil: habitualmente decía la Misa de la Virgen ó de Difuntos, pero los domingos y días dobles leía bien la Misa del día. De tal manera se extendieron aquellos rumores, que muchos Cardenales y Prelados que lo estimaban mucho, acudieron á San Pantaleón para informarse por sí mismos. Estuvieron mucho tiempo con él, le hicieron hablar, y se retiraron maravillados, viendo cómo un anciano de 89 años con tan fresca memoria recordaba los menores detalles, hablando con tanta prudencia como discernimiento. A la admiración se unía gran edificación, escuchando aquellas conversaciones celestiales. De esta manera, no servían sus calumnias sino para hacer más pública su virtud.

Se reunió la Congregación el 18 de julio de 1845. Por desgracia faltó el Cardenal Falconieri que había sido enviado como legado á Bolonia, y que era muy amigo de José. De los otros cuatro Cardenales, dos pidieron la abolición de la Orden, y los otros dos su conservación: era el mismo empate de las reuniones anteriores, y estaba ausente el quinto que debía desempatarlos. Los Cardenales de la Cueva y Ginetti sostuvieron con energía que era imposible suprimir una Orden, que podía ser reformada con tanta facilidad. Entonces Mgr. Paolucci arengó con gran arte á la Asamblea. «No pueden emplearse medios violentos, cuando no se han agotado todavía los medios ordinarios, sobre todo contra una Religión que lleva ya tanto tiempo de existencia, á la cual ha concedido el Señor una protección y una extensión tan considerables, contra una Religión que deseaban tanto los más grandes personajes, y que había sido aceptada por todos conociendo su utilidad». Aquel discurso persuadió pronto al Asesor, y todos fueron de su opinión, pues era la rue-

da catalina en aquel negocio. Se decretó, pues, según las conclusiones del memorial, el mantenimiento de las Escuelas Pías como Orden Religiosa, la reintegración del General y de sus Asistentes, el nombramiento en principio de un Cardenal Protector, y después, la moderación de la Regla que se había hecho demasiado dura para muchos Religiosos más débiles de corazón que de cuerpo.

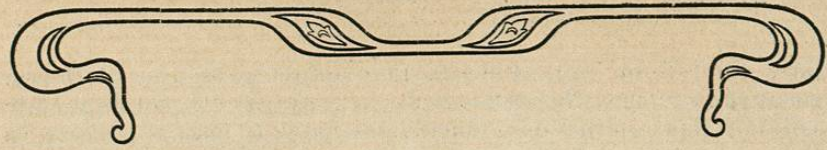
Como un rayo se propagó la noticia. El 19 lo escribía Mgr. Panicola al P. Berro; el Cardenal, uno de los jueces, al duque de Altemps; el P. Cherubini se arrogaba el mérito de anunciarlo á Frascati, y el 28 de julio á Florencia. El mismo día escribía el Santo al P. Apa: «Plugo al Señor que el 28 del corriente se reunieran los Cardenales en el palacio del Eminentísimo Roma, para tratar de nuestras cosas, y han resuelto que vuelva todo á su primitivo estado, y que vuelva yo á tomar el cargo. Se va á tratar de los Asistentes, pero no sé todavía, si se conservarán los antiguos, ó se nombrarán nuevos. Ruegue V. R. al Señor que nos conceda gracia para servirle con más fidelidad que hasta ahora. No podrán decir nuestros enemigos que nuestra Orden va á ser destruida». No podrá dejar de convenir el lector en que cartas tan claras y tan precisas, sin que en ellas se encuentre jamás una palabra de amargura contra nadie, no podían ser escritas por un hombre que hubiera perdido la cabeza.

Todo el mundo se llenó de alegría en Roma. ¡Hacia tantos años que veneraban la Orden y al Santo Fundador! Todos estaban llenos de indignación en presencia de tamañas injusticias. Casi todos los Procuradores Generales comunicaron la noticia á sus Religiosos. Los Embajadores, los Agentes de las Ciudades y de las Diócesis escribían comunicándola, de modo que de todas partes recibían felicitaciones los Padres. El gozo de éstos después de tan largas, injustas y dolorosas pruebas, no reconoció límites, y se manifestó de una manera ruidosa. La misma tarde llegó á Frascati la noticia: los Religiosos consiguieron del príncipe Borghese bombas artificiales, y su alegre estruendo se unió al no menos alegre de las campanas. Maravillados los habitantes acudieron en tropel de toda aquella ciudad donde eran tan queridos los Padres, y tan venerado San José, y al saber que su Santo había sido reintegrado en su cargo, hacían ruidosas manifestaciones de alegría. Los Magistrados y los grandes señores que estaban en el campo, como el Cardenal Caponi y gran número de Religiosos de diferentes Ordenes, acudieron en la mañana siguiente á la Iglesia de las Escuelas Pías á cantar un *Te-Deum* en acción de gracias. Fueron echadas á vuelo las campanas, resonaron las bombas, y hasta del castillo de Mondragón se dispararon algunos cañonazos. Las mismas demostraciones se hicieron en Narni, Nápoles, Florencia, Génova, y sucesivamente en todas las casas de la Orden, conforme iba llegando la noticia. Todas las cartas de los Ministros de todas

las casas revelaban la alegría más expansiva. En Florencia preparó el P. Apa una velada literaria para celebrar la reintegración del General, debiendo tomar parte todos los personajes más principales de la ciudad; pero sabiendo después que no era todavía cierta la noticia, se abandonó el proyecto.

En medio de tantas felicitaciones que le llegaban de todas partes, siempre humilde el Santo, permanecía despegado de las cosas de la tierra, y echándose en los brazos del Señor, se entregó por completo á su santa voluntad. Estimuló á sus hijos á imitar su conducta, porque aquel triunfo no era el que le había anunciado su espíritu profético. El 6 de agosto escribía á Florencia: «Pediré al Señor que me dé sin cesar nuevas luces para conocer y amar las cosas invisibles y eternas que se hallan en Dios. El conducirá nuestros asuntos á mayor gloria suya aún contra las persecuciones públicas ó secretas que tenemos que sufrir. Roguémosle que se haga todo según su santa voluntad».

¡Ah! ciertamente, eran dudosas aquellas noticias que parecían tan ciertas, y acaso iban á resultar falsas, pues faltaba todavía la sanción del Papa.



CAPITULO XXIV

DESTRUCCIÓN

1645-1646

No hicieron bien los Religiosos y los amigos de las Escuelas Pías en dejarse llevar tan pronto de los transportes de alegría. Estaba formada la resolución de la Congregación, y era favorable al General y á toda la Orden; pero se olvidó una formalidad indispensable, la aprobación del Soberano Pontífice: sin esta aprobación ninguna resolución de los Tribunales de Roma es definitiva, sólo entonces se promulgan y se hacen ejecutorias las sentencias, y nada de esto se había hecho hasta entonces. Debiera haberse suspendido toda aquella explosión de entusiasmo, porque, además de ser prematura, irritaba profundamente á los personajes que ya conocemos, y que con tanta vergüenza perdían el poder de que tanto habían abusado durante tres años. La universalidad de aquella alegría era la refutación más evidente de sus calumnias: no se había promulgado el Breve; á toda costa había que impedir que apareciese, y sin perder tiempo, poner en movimiento á todos los adversarios del Instituto. La decisión hería á la Orden Religiosa que se había propuesto impedir á las Escuelas Pías la enseñanza de otra cosa que de los elementos de las letras: y en el momento en que comenzaba la lucha con los jansenistas, aquella Orden era el apoyo más firme de la Santa Sede y de la sana doctrina, lo que le daba gran autoridad cerca del Papa agradecido. El más directamente atacado era el P. Esteban Cherubini; no había necesidad de decirlo. Mgr. Panicola había pedido que se le excluyese de toda autoridad y hasta de su Procuraduría General. Todos los adversarios del Instituto y sobre todo el Visitador, lo ridiculizaban, porque en dos años no había destruido la Orden, cuando se había podido hacer con toda facilidad. Pero los mismos adversarios también, juntamente con el P. Esteban, acusaban al Visitador de no haberse declarado con suficiente franqueza enemigo de las Escuelas Pías, y de haber perdido la partida con el informe que había presentado, tan favorable á las mismas. También él había tenido tres años